



## BOLETÍN ECLESIAÍSTICO

DEL

# Obispado de Astorga.

---

SUMARIO.—Circular de S. E. I. sobre provisión de parroquias vacantes en el Obispado.—Secretaría: Órdenes.—Bendición Papal.—Sobre los Santos Óleos.—Misiones en esta ciudad.—Arzobispado de Sevilla: Aviso aplazando el Congreso católico anunciado.

---

## OBISPADO DE ASTORGA.

### CIRCULAR.

Antes de publicar los edictos convocatorios del próximo concurso para la provisión de las parroquias vacantes, creemos muy oportuno normalizar la situación de los Párrocos cuyos curatos han bajado de dotación ó han sido suprimidos por el reciente arreglo, para lo cual nos faculta, sin necesidad de nuevo concurso, el Real Decreto de 15 de Febrero de 1867 en la séptima de sus disposiciones transitorias.

De conformidad, pues, con las prescripciones del

mismo, los Párrocos que se hallen en el caso mencionado y tomaron posesión de sus Iglesias con la condición de sujetarse á lo que resultare del arreglo parroquial, nos manifestarán, en el término de *quince días*, si desean ser trasladados á otro curato, indicando, en caso afirmativo, uno ó varios entre los vacantes, de *provisión ordinaria*, que tengan la misma ó menor categoría que los que obtenían, y si consideramos justa su pretensión, la propondremos á la Corona, sin previo concurso, para que los interesados puedan colacionarse de los nuevos curatos á que aspiren; lo cual no será obstáculo para que, si quieren, vengan al nuevo concurso, á cuya asistencia tienen el mismo derecho que los demás.

Hemos adoptado esta medida, después de madura reflexión, con el fin de que los que no puedan ó no quieran tomar parte en el referido concurso no salgan perjudicados, y para anunciar como vacantes, en los edictos convocatorios, las parroquias que dejen por su traslación á otras en virtud del presente llamamiento.

Creemos con algun fundamento que á los que opten por otro curato, de igual ó menor categoría que el que obtenían, no se les expedirá nuevo Real título, pues aunque tenemos el deber legal de acudir á la Corona, haremos las propuestas, solicitando que se aprueben solamente de Real Orden, á fin de ahorrar á los Párrocos los gastos consiguientes á la expedición de dicho Real título. De todos modos, si no lo consiguiéramos, lo participaríamos oportunamente á los interesados.

Los curatos vacantes de *provisión ordinaria* á que los mencionados Párrocos pueden aspirar, con el estado, ca-

tegoría y dotación que tienen por el nuevo arreglo, son los que van á continuación de esta Circular.

Astorga, 16 de Abril de 1892.

† *El Obispo.*

**PARROQUIAS VACANTES Á QUE SE REFIERE  
la Circular anterior.**

ARCIPRESTAZGO DEL BIERZO. = Carracedo del Monasterio. — Columbrianos. — Cortiguera. — Cabañas-raras. — Magaz de Arriba. — Narayola. — San Andrés de Montejos. =  
ARCIPRESTAZGO DE BOEZA. = Boeza — Colinas y los Montes. — Congosto. — Montealegre. — Noceda. — Poibueno. — Santa Cruz de Montes. — Valle y Tedejo. — Viñales. — Igüeña. —  
ARCIPRESTAZGO DE CABRERA ALTA. = Baillo. — Valdavido. =  
ARCIPRESTAZGO DE CABRERA BAJA. = Quintanilla de Ambasaguas. — Saceda. — Sta. Eulalia. — Silván. — ARCIPRESTAZGO DE CARBALLEDA. = Donadillo. — Espadañado. — Lagarejos. — Carbajales. — Palazuelo. — Sandín. — Sejas. — Otero de Bodas. — Valparaiso. — Vega del Castillo. — ARCIPRESTAZGO DE CEPEDA. = Brañuelas. — Combarros. — Palaciosmil — Pobladura de las Regueras. — Pradorrey. — Veldedo y Rodrigatos. — ARCIPRESTAZGO DEL DECANATO. = Astorga (San Andrés.) — San Román de la Vega. — Val de San Lorenzo. — ARCIPRESTAZGO DE OMAÑA. = Andarraso. — Folgoso. Inicio. — Omañuela. — Murias. — Torrecillo. — Vegapujín. — ARCIPRESTAZGO DE ÓRBIGO. — Autoñán del Valle. — Benavides. — Hospital de Órbigo. — San Feliz de Órbigo. — Sta. Marina del Rey. — Villares. — Villaviciosa de la Ribera. — ARCIPRESTAZGO DE PÁRAMO Y VEGA. = Altoar. —

Audanzas.—San Martín de Torres.—San Román del Valle.—Verdenosa y Redelga.—ARCIPRESTAZGO DE QUIROGA.—Encineira.—Peites.—San Clodio.—ARCIPRESTAZGO DE RIBERA DE URBIA.—Bouzas.—Carucedo.—Compludo.—Folgozo del Monte.—La Barosa, con sus anejos.—Orellán y Voces.—Molinaseca.—San Lorenzo del Bierzo.—Valdecañada.—ARCIPRESTAZGO DE RIVAS DEL SÍL.—Chano y Guímará.—Lillo.—Pardamaza.—Lumeras.—Tejedo de Ancares.—Tombrio de Abajo.—Valle de Finolledo.—Vega de Espinareda.—ARCIPRESTAZGO DE ROBLEDA.—Buján. Edreira y Meijid.—Lamalonga.—Lentellais y Otar de Pregos.—Puente del Bollo.—Portomorisco.—San Lorenzo y Prada.—San Martín del Bollo.—Valdanta.—Vega del Bollo y Casdenodres.—Valdín.—ARCIPRESTAZGO DE SANABRIA.—Calabor.—Carbajalinos.—Doney.—Entrepeñas.—Porto.—Quintana y sus anejos.—San Juan de la Cuesta y Cervantes.—Sta. Cruz de Abranes y Rionor.—ARCIPRESTAZGO DE SOMOZA.—Luyego.—Pobladura de la Sierra.—Prada la Sierra.—ARCIPRESTAZGO DE TERA Y VALVERDE.—Navianos de Valverde.—Pública de Valverde.—Sta. Croya de Tera.—ARCIPRESTAZGO DE VIANA.—Raigada.—ARCIPRESTAZGO DE VALDEORRAS.—Lardeira.—Petín.—Quereño.—Santigoso.—San Vicente de Leira.—Sobradelo.—Vega de Cascallana.—Oulego y Robledo de la Lastra.—ARCIPRESTAZGO DE VALDUERNA.—Curillas.—ARCIPRESTAZGO DE VEGA Y RIBERA.—Sta. Colomba de la Vega.—ARCIPRESTAZGO DE VIANA.—Bembibre de Viana.—Cepedelo.—Penouta.—Seber y Castiñeira.—Vegas de Camba.—ARCIPRESTAZGO DE VIDRIALES.—Camarzana.—Colinas de Trasmonte.—Junquera y la Milla.—Pozuelo de Vidriales.—ARCIPRESTAZGO DE VILLAFÁFILA.—Manganeses de la Pol-

vorosa.—Santovenia del Conde.—ARCIPRESTAZGO DE VILLAFRANCA.—Arnadelo.—Campo del Agua.—Cabeza de Campo.—Pieros.—Otero de Villadecanes.—Sobrado del Bierzo.—Sorribas.—Valtuille de Arriba.—Villafranca, (La Asunción.)—Villamartín del Bierzo.

---

## SECRETARÍA DE CAMARA Y GOBIERNO DEL OBISPADO DE ASTORGA.

---

### ÓRDENES.

Su E. I. el Obispo, mi Señor, ha determinado celebrar, con la ayuda de Dios, Ordenes Sagradas en virtud de facultades extraordinarias en la Dominica *in Albis* primera después de Pascua ó sea el día 24 de Abril.

*Dr. Francisco Marsal,*

CANÓNIGO, SECRETARIO.

---

En el día de Pascua de Resurrección, celebrará de Pontifical su E. I., y dará la Bendición Papal.

---

Creemos escusado recordar á los muy Rvdos. Arciprestes que deben mandar recoger, lo más pronto que les sea posible, los Santos Oleos y distribuirlos entre los párrocos de su Arciprestazgo.—(Sinodo Diocesano, constitución II.<sup>a</sup> cap. 7.<sup>o</sup> paf. 233 rgl. 3.<sup>a</sup>)

---

### MISIONES EN ESTA CIUDAD.

Vamos á cumplir la promesa que hicimos en el número anterior de hablar, con la ayuda Dios, algo acerca de la Santa Misión que los Rvdos. PP. Conde y Santos de la compañía de Jesús, acaban de dar en esta católica ciudad de Astorga.

Quisiéramos hacerlo del modo más breve y sencillo que nos

fuese posible, porque no se nos oculta que estas reseñas son de suyo empalagosas á los lectores, hasta tal punto que casi ninguno tiene paciencia para leerlas por completo; y á las primeras líneas, se les cae, como suele decirse, el papel de las manos; pero tampoco quisiéramos faltar al deber que tenemos de hacer que el mundo vea las obras buenas; cuya publicidad puede redundar, y de hecho redundará casi siempre, en mayor gloria de Dios y provecho de las almas; y, ya que esto es escrito para estamparlo en el *Boletín eclesiástico* de la Diócesis, y por lo tanto sólo ha de ser leído por nuestros amados compañeros en el sacerdocio, nos fijaremos principalmente en los sermones y conferencias que pronunciaron los Rvdos. PP. en el tiempo de la Santa Misión.

Pero antes de empezar esta reseña, nos parece muy conveniente poner á manera de preámbulo, y para que se vea una de las causas que, además de la gracia de Dios, y el celoso trabajo de los misioneros, debieron contribuir al prodigioso fruto de estos santos Ejercicios, la atenta convocatoria que por orden de nuestro Excmo. Pastor, se ha hecho al Clero, á las Autoridades, al pueblo astorgano y á los pueblos circunvecinos.

Dice así:

## «SANTA MISIÓN.»

El día 18 de los corrientes, víspera de la festividad de San José, los RR. PP. Conde y Santos de la Compañía de Jesús, darán principio á la *Santa Misión* que el Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo de la Diócesis ha acordado tenga lugar en esta Sta. A. I. Catedral de esta Ciudad.

A las 6 y media de la tarde, saldrán del Seminario Conciliar los PP. Misioneros, el Clero y Seminaristas en procesión, á la cual se invita á todas las Autoridades así civiles como militares, por si se dignan contribuir con su asistencia á la mayor solemnidad del acto; á las Hermandades religiosas y Cofradías con sus correspondientes insignias y demás fieles de Astorga y pueblos circunvecinos.

En llegando á la Catedral, se rezará el Santo Rosario y enseguida ocupará la cátedra del Espíritu Santo uno de los Padres, para inaugurar la *Santa Misión.*»

No podemos menos de confesar con el alma llena de gozo que todos los invitados respondieron con noble fidelidad al generoso llamamiento de su Prelado.

A las seis de la tarde del día 18, víspera de la festividad del glorioso Patriarca San José estaban ya materialmente llenos de gente los espaciosos claustros del Seminario; allí estaba el Excelentísimo Ayuntamiento, allí el muy ilustre Jefe y todos los Sres. Oficiales de esta Zona militar, allí muchos individuos del clero, y todos los seminaristas; fuera en la plaza próxima todas las Hermandades y Cofradías con sus insignias é imágenes, acompañadas de una multitud inmensa de fieles de ambos sexos, aguardando todos la presencia del Sr. Obispo, y el comienzo de la procesión.

A las seis y media, bajó el Sr. Obispo acompañado de los Rvdos. PP. Jesuitas, de los muy Iltres. Sres. Provisor y Deán, varios Canónigos, del Rector y Superiores del Seminario y de todos los seminaristas internos. Al llegar á presencia de las Autoridades, y después de corresponder á sus saludos y darles la bendición, teniendo á la derecha al Sr. Alcalde y á la izquierda al Sr. Coronel, para ir á dar principio á la marcha de la solemne procesión, tuvo lugar una escena, al parecer insignificante, pero en realidad altamente conmovedora. Al recibir nuestro amante Prelado en sus ungidas manos el adorable signo de nuestra redención, y besar con sus labios las llagas del Redentor, una lágrima rueda de sus humedecidos párpados y se detiene sobre los pies del Crucifijo. ¡Qué recuerdos se agolparían en aquel momento en su tierno corazón! ¡Tal vez se figuraría al Hijo de Dios llevando sobre sus hombros el madero de la cruz! ¡Tal vez la estrecha cuenta que tiene que dar de las ovejas que le están encomendadas! ¡Tal vez el presentimiento de la eterna condenación de algunas! ¡Tal vez.....! A qué proseguir. Es lo cierto que esta lágrima que salía inflamada en amor fué como

una chispa que ablandó los corazones y los ojos de los allí presentes. Las lágrimas de un padre ¡qué no harán en el corazón de sus hijos!

Organízase la procesión bajo la dirección de algunos superiores del Seminario y Beneficiados de la Catedral. Dos nutridas filas llegaban desde el Seminario al atrio de la Santa Iglesia, y en el centro iban con mucho orden y majestad las Hermandades y Cofradías con sus cetros, imágenes y pendones; y los preciosos estandartes del Sagrado Corazón de Jesús y de San Luís Gonzaga en manos de alumnos del Seminario; cerraban las filas las Autoridades, el Clero y el Excmo. Prelado con el crucifijo en la mano. ¡Qué lástima que no fuese más largo el trayecto que había de recorrer la procesión! y que las calles no fuesen más espaciosas! Así y todo se presentaba llena de inspiración para el alma del cristiano, y ella sola era ya un verdadero triunfo. Empieza su marcha magestuosa en medio de los cánticos de los fieles dirigidos por un coro de Seminaristas, y en medio del armonioso y sublime concierto de las campanas de la Catedral. ¡Qué espectáculo tan conmovedor! Unas veces nos figurábamos ver la marcha de los hijos de Israel en el desierto hacia la tierra de promisión; otras la de los guerreros de Judá que iban pacíficamente á pelear por la defensa de su pueblo, bajo la dirección de los valientes Macabeos; otras la de los intrépidos Cruzados que partían á la conquista de Jerusalén; otras la de la humanidad entera que camina por el desierto de este valle de lágrimas á la conquista del reino de los cielos.

Las voces de las campanas, nos parecían voces de las criaturas que nos convidaban á ir en busca de su criador; y en medio de ellas dominándolas á todas, como el fin, domina á los medios, la magestuosa voz de la campana *María* nos parecía el eco augusto de la voz del mismo Dios que estaba diciendo á sus errantes criaturas «aquí estoy, yo soy ese que buscáis.» De estos mismos afectos debía estar rebosando el corazón de todos los fieles que cantaban llenos de fe y entusiasmo el llamamiento de la Virgen Santísima, que es el llamamiento del



mismo Dios. *A misión os llama—errantes ovejas—vuestra tierna Madre—la pastora excelsa.*

En medio de tantas impresiones, llegó la procesión á la Catedral y llenó las anchas naves del espacioso templo, y se llenó el coro y hasta el Presbiterio, y todo se llenó de las alabanzas é himnos que las criaturas entonaban á su Creador y Redentor; los hombres y mujeres, los ancianos y niños alababan á porfía el nombre del Señor. El báculo del Pastor, el bastón de gobierno, la espada de mando, todos los sacerdotes y los súbditos, la luz y las tinieblas, y hasta la materia bruta servía de pedestal á la gloria de Dios, cumpliéndose á la letra el mandato que el Señor nos promulga por boca del profeta Daniel, y que repetimos todos los días los sacerdotes encargados de dar á Dios alabanza en nombre de toda la creación. *Benedicite omnia opera Domini Domino, laudate et superexaltate eum in sæcula (Daniel 3.)*; y en premio de tanta gloria como le daban sus hijos, les llenó Dios sus corazones de los consuelos y frutos de la santísima gracia.

Colocados en sus respectivos lugares todos los concurrentes, se rezó el Santo Rosario. Terminado éste, subió á la cátedra del Espíritu Santo el Rvdo. P. Conde, y con fácil y elocuente palabra, después de dar las gracias á las Autoridades por el buen ejemplo y por el realce que daban al acto con su presencia, y después de narrar á manera de exordio la historia de Moisés y Haarón, la libertad del pueblo de Israel, de la esclavitud de Egipto, y la peregrinación por el desierto hacia la tierra prometida, entra de lleno en el Sermón; que dividió en dos partes: en la primera trató de lo que es toda misión; y en la segunda del modo con que se ha de oír. Desarrolló la primera parte diciendo que en toda misión se debe considerar quién es el que envía, quién es el enviado y para quienes se envía; para ello se remontó á nuestro Señor Jesucristo que ha sido el primer *misionero*, enviado por su eterno Padre para dar á toda la humanidad aquella grande misión que empezó en la Judea, y durará tanto como dure el mundo. De igual modo todo misionero ha de ser enviado por su legítimo superior á instancia del Sr. Obispo, y el

superior tiene mandato del Papa, y éste de Dios; de suerte que la misión no tiene otro fin que el fin, que se propuso el Padre cuando mandó á su Hijo en medio del mundo, que fué predicar el Santo Evangelio, y llevar las almas al cielo, como Moisés y Josué llevaron á los hijos de Israel á la tierra de promisión. En la segunda parte, para explicar el modo de oír con fruto la Santa Misión, nos dió cuatro preciosas reglas contenidas en cuatro palabras, que son: venid, escuchad, callad y orad (venite, áudite, tacete et orate), asegurando y probando con bellas razones y ejemplos que cumpliendo estos cuatro consejos, obtendríamos abundante fruto y que todo lo demás lo harían ellos en nombre y para beneficio nuestro.

¡Ellos, dijo, que eran unos pobres y humildes hijos de San Ignacio de Loyola, enviados por su superior para dar á los astorganos aquellos santos días de Ejercicios espirituales! Desde el momento que subió al pulpito llevó consigo el P. Conde el afecto y la admiración de todos los fieles, que salían de la Iglesia dulcemente impresionados.

Antes de bajar el P. del púlpito indicó el orden y número de los ejercicios para todo el tiempo de la *Santa Misión*.

Por la mañana, á las cinco y media, misa en Santa Marta para la gente trabajadora; á las diez, instrucción para los niños y niñas en San Francisco y en San Bartolomé. Por la tarde á las cuatro conferencias científico-religiosas sobre los fundamentos de nuestra fe, en la Iglesia de S. Julián; á las que sólo asistirían hombres; á las seis y media, habría todos los días el Sto. Rosario, explicación de doctrina y sermón en la Sta. Iglesia Catedral, y para ello se saldría del Seminario en procesión, entonando cánticos alusivos á las Misiones; y despues de concluido el acto se volvería, también en procesión, hasta el Seminario en donde el Sr. Obispo daría la bendición al pueblo. En los días de fiesta el rosario y el sermón serían á las 4 de la tarde, con el fin de que los fieles de los pueblos vecinos pudiesen concurrir y volver de día á sus casas; y que si el tiempo lo permitía, había de ser el acto en el atrio de la Catedral, y que estos días no había conferencia para los caballeros. Nombró por patronos de la Santa

Misión, á la Virgen Santísima en el misterio de su Asunción á los cielos, á Santo Toribio, á San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier.

Concluidas estas advertencias, dió el Sr. Obispo la bendición al pueblo desde el altar mayor, y en medio del consolador cántico del *Perdón ¡oh Dios mio!* volvieron todos los fieles en procesión majestuosa, con esa majestad que revisten los actos religiosos en medio de una noche serena, y con el mismo orden que llevaron al ir para la Catedral; y al llegar á la plaza y puerta del Seminario, el Excmo. Sr. Obispo, dió con el crucifijo en la mano y con las lágrimas en los ojos la bendición de despedida á aquella inmensa multitud de hijos humildemente postrados de rodillas á sus pies, y el P. Conde desde el balcón de la biblioteca, dijo en una sencilla estrofa el punto que había de ocupar durante la noche nuestro pensamiento. Cosa que hizo todos los días de la misión.

El día siguiente fiesta del glorioso patriarca San José predicó por la mañana en la Sta. I. Catedral, nuestro Exmo. Sr. Obispo. Hizo, con la elocuencia y fluidez que le distinguen, el panegírico del Santo; presentó á la Sagrada familia como modelo de las familias patriarcales y cristianas; y al casto esposo de la Virgen Santísima, como modelo acabado de padres de familia; nos excitó paternalmente á que imitásemos tan santos ejemplos; y terminó manifestándonos sus impresiones por el buen principio de la Misión y el deseo de que continuásemos asistiendo con igual puntualidad hasta el fin, para que Dios nos colmase de sus bendiciones.

Por la tarde, á las tres y media, salió la procesión del Seminario, hermo세ada con la adición de los pendones é insignias parroquiales de San Román y San Justo. El ejercicio tuvo lugar en el atrio de la S. I. Catedral, que estaba materialmente lleno de extremo á extremo de fieles de Astorga y de los pueblos comarcanos. Tuvo el sermón el P. Conde; pero antes de empezar, viose obligado á echar mano del inagotable repertorio de sus ocurrencias y habilidades, para poner silencio en aquel enjambre inmenso de mujeres. Desarrolló de un modo admirable

la necesidad é importancia del negocio de nuestra eterna salvación, presentándonos el ejemplo de Marta y María, y cómo ésta por confesión del mismo Jesucristo, escogiera la *mejor parte*, la única cosa necesaria y duradera por toda la eternidad. *Maria optimam partem elegit quæ non auferetur ab ea in æternum*. Desmenuzó con invencible lógica los fútiles argumentos de los impíos é indiferentes que niegan la importancia de la salvación, ó la descuidan hasta el último momento de su vida, presentándolos como verdaderamente insensatos y criminales; pues descuidan el negocio más noble y más grande, por ocuparse en bagatelas que nada han de pesar en la balanza de la eternidad.

El día siguiente, que fué domingo, explicó el Exmo. señor Obispo en la misa mayor de la Catedral, el Santo Evangelio del día, que era el de San Lucas, (cap. 11, v. 14), en que se narra el hecho del demonio mudo. (*Erat Jesus ejiciens dæmonium et illud erat mutum*).

Se fijó su Ilustrísima principalmente en la enseñanza del v. 24; en la desgraciada situación del pecador que después de haber purificado su conciencia, se deja vencer de nuevo por las tentaciones del demonio, y limpia su casa para que vengan á habitar en ella siete espíritus peores que el primero. (*Cum immundus spiritus exierit etc. Luc. 11-24.*)

Habló después largamente con muchísima naturalidad y sencillez de la imposibilidad de formar una verdadera y recta conciencia, fuera del seno de la Iglesia católica; dado que toda doctrina moral que no sea la moral del catolicismo, tiene que ser por necesidad una moral muy deficiente. Y concluyó por fin, con la aplicación al pecado, del conmovedor ejemplo del tullido que Jesucristo curó junto á la piscina probática; y con las palabras que el mismo Jesucristo le dirigió en el templo: *Ecce jam sanus effectus es noli amplius peccare, ne tibi deterius aliquid contingat*.

Por la tarde, ocupó la cátedra sagrada el Rvdo. P. Santos. Explicó con mucha serenidad y aplomo, la ingratitude y gravedad del pecado mortal, ya por lo que es en sí mismo, ya por las ejemplares y terribles penas con que Dios lo castigó en los An.

geles rebeldes, y en nuestros primeros padres. Tuvo lugar este ejercicio, lo mismo que el día anterior, en el atrio de la Catedral y en presencia de S. E. I., del clero y de innumerable multitud de fieles de todas clases. Concluído el sermón, se organizó la en alta manera solemne y patética *Procesión de Penitencia*, en donde iban, además de las insignias de las procesiones anteriores, las tiernas imágenes, á las que tanta devoción profesa el pueblo astorgano, de Jesús Nazareno y la Virgen de los Dolores, iban, sí, llevadas en alto para que todos pudiesen verlas y viéndolas quedasen salvos de las mordeduras del pecado, como los hijos de Israel al mirar la serpiente de bronce; iban como dos ciudades de refugio para librar á los pecadores de la eterna condenación; iban como lo que realmente son, como un hijo divino que se elevó sobre la cruz, para ser medianero entre el cielo y la tierra y como una Virgen también divina, que nos ha sido dada á los pecadores por Madre. Esta procesión recorrió las principales calles de la ciudad pidiendo al cielo y predicando al mundo. ¡Penitencia! y perdón !oh Dios mio!..... casi todos iban llorando con el corazón y con los ojos; y así llegaron al Seminario, donde el Prelado llorando también, les bendijo con la cruz.

El lunes, día 4.º de la Santa Misión y 21 del mes, dieron los PP. principio á las conferencias. Una para los sacerdotes á las 11 de la mañana en la Iglesia de Santa Marta, ante su Divina Majestad expuesto con exposición sencilla, dirigidas por el Reverendo P. Santos, las que duraban por espacio de una hora y se terminaban con un rato de meditación, y la bendición con el Santísimo. Todos los sacerdotes acudían con una puntualidad y devoción ejemplares, á pedir á Dios y llorar postrados ante el Altar y el Templo, por sus propios pecados y por los pecados del pueblo.

Otras, como ya dijimos arriba, eran para los caballeros; tenían por objeto explicar los preámbulos de nuestra fe; y se habían de pronunciar en la Iglesia de San Julián á las 4 de la tarde por el P. Conde.

En efecto, á las cuatro de la tarde del lunes, había en la iglesia

de San Julián un respetable número de hombres ávidos de escuchar la palabra del P. Conde, por cuya boca había de brotar á raudales la ciencia filosófica con que tenía henchida su mente. Trató en la primera de la existencia de Dios. Antes de entrar de lleno en el campo de las razones filosóficas, se entretuvo en limpiar la broza que manchaba el camino, en destruir el escepticismo y el ateismo groseros. Después desenvolvió con abundante claridad, irrecusable lógica, frase científica y elegante, riguroso método, y rapidez verdaderamente asombrosa, los tres argumentos, metafísico, físico y moral con que en el orden filosófico se prueba la existencia de Dios; fijándose principalmente en el metafísico por ser el más profundo. Nos presentó con tal colorido la necesidad del Creador y de la creación, dado que existiesen, como no hay duda que existen seres contingentes, que nos parecía estar viendo el brazo omnipotente de Dios, sacando los entes del abismo de la nada.

Reseñaremos á continuación las demás conferencias para que se vea mejor su enlace.

Trató en la segunda de la existencia del alma humana, y de sus propiedades principales, de la espiritualidad y libertad, de la simplicidad y de la inmortalidad tanto intrínseca como extrínseca distinguiendo con claridad suma, la libertad física de la libertad moral y extrayendo, como la abeja extrae el néctar de las flores, la esencia de los principales argumentos que supo presentar al auditorio con toda la limpieza y brillo que le permitían la extensión de la materia y la brevedad del tiempo.

En la tercera conferencia desenvolvió de una manera perfecta y sublime los motivos de credibilidad que tenemos los católicos para hacer altamente razonable nuestra fe en la divinidad de nuestro Señor Jesucristo y de su amada esposa la Iglesia católica.

La cuarta y última conferencia tuvo lugar el sábado día 26 del mes. Versó acerca de la divinidad y utilidad de la confesión sacramental.

Tales fueron las pruebas, y tan penetrantes los ejemplos con que desarrolló su tema, que allí mismo se confesaron ca-

si todos los oyentes, después que el orador se bajó de la Cátedra Sagrada.

Volvamos otra vez á la serie de los sermones y á la línea general de la misión, de la que nos apartamos algún tanto para hablar de las conferencias.

El martes 22 y el miércoles estuvieron los sermones á cargo del P. Santos en los que habló respectivamente del infierno y de la muerte, con el acierto y gravedad acostumbradas.

El martes se confesaron todos los niños y niñas, y recibieron el miércoles la Sagrada Comunión de manos del Señor Provisor, en la Iglesia de los PP. Redentoristas. Era un espectáculo tiernísimo ver aquellos ángeles de la tierra ir acompañados de sus padres á recibir de la mesa sagrada al niño Jesús oculto con el velo sacramental, y depositarlo en su inocente corazón! ¡Que dichosos! y ¡que envidiables!

El miércoles se confesaron las jóvenes y comulgaron el día siguiente en la Iglesia de S. Francisco en número de 600, sin contar las que lo hicieron en Sta. Marta.

Este día, se conservará indeleble en la memoria de los que asistieron al sermón de la noche. El tema era el juicio final, y el orador el P. Conde. Aquí fué donde descubrió los senos de su profundo saber y extendió las alas de su arrebatadora elocuencia. No hay ciencia de la cual no haya tomado algún rasgo sublime. La Física, la Química, la Geología, la Astronomía, todas las ciencias naturales franquearon sus secretos para que el orador sustentase tan terrible verdad. Consideró el juicio como un día que tiene principio, medio y fin, ó sea mañana, mediodía y tarde. En la mañana del juicio empieza la agonía del mundo. El sol pierde su luz, la luna se tiñe de sangre, chocan los astros unos con otros en la bóveda celeste, caen grandes pedazos de los astros desvencijados sobre nuestro planeta que empieza á bambolearse; rómpese la corteza de la tierra, ábrense multitud de volcanes en todos los ángulos del globo, que vomitan densas nubes de abrasadora lava; infúndense el terror y la desolación y el espanto en medio de los mortales; avanzan las llamas de aquellas hogueras crueles, cie-

rran los continentes por todas partes, y todo lo quemán, lo abrasan, y todo lo carbonizan, llegándose á juntar como en un sólo y descomunal horno las llamas del Austro y del Aquilón, del naciente y del poniente; apagándose por falta de combustible después de haber purificado la tierra de las inmundicias de los hombres y convertídola en yertas cenizas. Ese es el gran cementerio que encierra los restos de la humanidad. Entonces al impulso de la lúgubre trompeta empieza á hervir aquella masa informe, júntanse moléculas á moléculas, los huesos se revisiten de carne, complétanse todas las partes del organismo humano, corren las almas unas del cielo, otras del purgatorio y otras del infierno, únense á sus propios cuerpos, y al tercer toque de la fatídica corneta, emprende la humanidad la marcha ¡la última marcha! desde todos los ángulos de la tierra hacia el valle de Josafat.

El medio día del día del juicio empezará con la majestuosa y triunfal venida de Jesucristo, juez supremo de vivos y muertos, de los Ángeles que traerán enarbolado el glorioso madero de la cruz en medio de nubes de luz y de fuego. Al llegar á la presencia del valle inúndanse de gozo los buenos y tiemblan y se llenan de espanto los malos. Ábrese el gran libro de las conciencias donde cada uno verá su propia conducta y la sentencia que merece. Manda Jesús á sus Ángeles que hagan la separación entre justos y réprobos. ¡Separación tristísima! ¡Separación eterna!...Aquí el orador se detuvo á hacer algunas preguntas desoladoras; ¡y entre los que me escuchan habrá eterna separación? y entre mí y vosotros habrá eterna separación?....No lo sé.

En la tarde del juicio hecha la separación pronuncia el juez la sentencia de los buenos. «Venid benditos de mi Padre, y se van al Cielo cantando himnos de alegría. Al pronunciar la sentencia de los malos manda Jesús retirarse á su madre porque ya no es tiempo de misericordia, y no quiere que presencie la condenación de unos hijos que la han sido tan ingratos. Se retira la Virgen al Cielo y se va quedando el valle en tinieblas (esto se representa en el templo, retirando á la Virgen del pres-



biterio y apagando las luces) empieza el llanto de aquellos desgraciados, atruenan el valle la horrible gritería y espantoso bramido, ábrese bajo sus pies la boca del infierno, salen los demonios rodeados de cadenas y de fuego, y entonces el severo juez pronuncia la última y más terrible sentencia que se ha oído jamás. Id malditos al fuego eterno, desplómanse precipitadamente los condenados forzados por los demonios hasta el centro del infierno; y se cierran para siempre las puertas de aquel horrible abismo. Así concluyó la tarde de aquel terrible día.

Nos parece estar aun viendo el desfile de la raza de Adán hacia el valle de Josafat; y oír el chisporroteo de las llamas del infierno.

En el día 24 del citado mes, se confesaron las casadas y viudas; y comulgaron el viernes en las Iglesias de Sta. Marta á las cinco y media; y de S. Franciscisco á las siete y media.

En el día 25 en que la Iglesia celebra la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen y de la Encarnación del Verbo, predicó en la misa mayor de la Catedral el Sr. Magistral de esta Santa Iglesia. Nos presentó con una elocuencia digna del puesto que ocupa y conocida ya de todos nuestros lectores, la gloria y esplendor del misterio de la Encarnación. Glorioso en sus fundamentos, glorioso en sí mismo y para el Verbo Encarnado y glorioso en su aplicación á la humanidad. Para ello hizo un ajustado y hermoso parangón entre las predicciones del Profeta Rey, y las palabras del Arcángel á la Virgen de Nazaret.

En este día, por la tarde á pesar de estar lloviendo, hubo una inmensa concurrencia. A las dos ya estaba casi lleno el templo de la Catedral. Se rezaron dos rosarios á la vez, uno en el presbiterio, y otro en el trascoro. ¡Tanta era la multitud de fieles!

Y se ocupaban dos sacerdotes (un canónigo y un beneficiado) en explicar la doctrina y sencillas pláticas á los que no podían por la mucha distancia oír el sermón. Este lo predicó el P. Conde. Versó sobre la infinita misericordia de Jesucristo según aparecía de lleno en la parábola del Hijo pródigo. En cuya explicación desarrolló tres puntos principales 1.º Dios misericordio-

so en esperarnos. 2.º misericordioso en llamarnos á penitencia y 3.º misericordioso en perdonarnos.

En este último y precioso punto excitó de una manera persuasiva y conmovedora á todos los oyentes á pedir perdón á su Dios irritado, y suplica á nuestro Señor Jesucristo que venga á perdonar, bendecir y abrazar á sus arrepentidos hijos. Entonces sale del trascoro en manos del Sr. Deán, S. D. Majestad; entra tranquila y triunfante por entre sus hijos y en medio de los divinos cánticos del *Pange lingua* á sentarse en el trono del Altar mayor con semblante refulgente de paz y de perdón; y después de mirar á todo el pueblo, como á Pedro en la noche de la Cena, nos perdonó y bendijo con su mismo cuerpo y su misma sangre, por manos de su ministro á quien El dió su propia autoridad sobre todos los hijos de esta diócesis. ¡Qué consuelo y que tranquila paz en los corazones!

¡Lástima que tan santas impresiones, se borren del corazón del cristiano!

Por la tarde durante el sermón se repartieron por orden y cuenta del Sr. Obispo libros estampas y dulces á todos los niños y niñas en los claustros y cátedras del Seminario. Por la tarde y también por la noche se confesaron los jóvenes á los cuales dió una conferencia el P. Conde en la Sacristía de la Catedral. Comulgaron el sábado por la mañana en la misma Iglesia.

El sermón en este día del sábado estuvo también á cargo del P. Conde; el que si en otros días dió pruebas de tener vastos conocimientos en Sagrada Escritura, Teología dogmática, Historias y Ciencias naturales, hoy demostró tenerlos no menores en Teología Moral. Combatió con severa energía el contagioso pecado del escándalo, en todos sus múltiples aspectos y ramificaciones; del activo y pasivo; del directo é indirecto del de los pequeñuelos y del de omisión; extendiéndose principalmente en graves consideraciones, acerca de este último; y del que cometen los predicadores que suben al púlpito á practicar la *jardinería* y *floricultura*. Para estos, dijo, escribiría yo en el mismo púlpito con letras bien gordas «se van derechos al infierno»

Trató después en la segunda parte de los daños sin cuento que causa el escándalo. Daños á la gloria y sangre de Cristo cuyos frutos destruye; daños al prójimo cuyas almas mata; daños al mismo escandaloso cuyas penas eternas se van aumentando á medida que el contagio de su pecado. Por eso repetía Jesucristo con tanta frecuencia y con tanto dolor de su corazón.

*Væ mundo ab scandalis! Væ homini illi perquem scandalum venit!*

Por fin en la tercera y última parte, propuso los remedios contra los efectos del escándalo, entre los cuales es el principal el buen ejemplo, con el que se salvan tantas almas como por el escándalo se condenaron.

Este día fué el señalado para la confesión de los hombres y para la reconciliación de los que habían confesado los días anteriores; con el fin de que todos comulgasen el domingo, día de la comunión general.

Al efecto hubo gran número de confesores toda la tarde y toda la noche en la Catedral y en Sta. Marta. Nuestro Prelado estuvo confesando, como lo hiciere en otros días, hasta las diez y media de la noche.

¡El Domingo! Día el más solemne y de más perdurables consuelos entre todos los de la santa misión. En la mañana de este día plugo al Señor Dios fertilizar los campos con el beneficio de la lluvia y las almas con la lluvia de la gracia.

Ya á primera hora se celebraron misas en Sta. Marta y en la Catedral para que comulgasen las personas que por cualquier motivo tuviesen necesidad de hacerlo temprano. Pero la misa de la gran comunión general no empezó hasta las siete y media; la cual celebró el Sr. Obispo que tenía indecible satisfacción en distribuir á su pueblo el pan de los Angeles. Le ayudaron en este tan sagrado ministerio de repartir el divino manjar el Sr. Deán y otros tres señores Canónigos; así y todo no terminó el acto hasta las diez.

Comulgaron unas 5.000 personas en esta misa; y si á esto se agregan las que lo habían hecho en las misas y en los días anteriores, las de los niños y niñas, jóvenes de ambos sexos, seminaristas tanto internos como externos, los de los pueblos vecinos, las de muchas almas piadosas que comulgaron tres y hasta cuatro días antes, y por fin las de los señores sacerdotes, calculamos que no es exagerado decir que debieron llegar á diez mil las comuniones que se han recibido con motivo de esta santa misión. ¡Qué consuelo ver tantas almas unidas con Cristo! ¡Qué gozo tan puro contemplar unidos por los dulces lazos de la caridad á ancianos y niños, á ricos y pobres, al pastor y á las ovejas! Solo así es como se comprenden la igualdad y la fraternidad verdaderas; pues ante Aquel que es Padre de todos son iguales el pastor y el monarca. Todo el tiempo que duró la sagrada comunión estuvo el Padre Conde inflamando los corazones con fervorosos afectos.

Por la tarde á las tres y media después del Santo Rosario

bendijo el P. Conde los objetos piadosos, rosarios, crucifijos y medallas. A continuación predicó el último de los sermones que debió predicar para todo el pueblo. Habló de la perseverancia «*Qui perseveraverit usque in finem hic salvus erit*» Trajo para el exordio los sentimentales ejemplos de la aparición del Señor á aquellos dos de sus discípulos que iban á Emaús, y el de S. Pablo á los de Éfeso al despedirse para Jerusalén; cómo le abrazaban llorando porque el Apostol había dicho que ya no le verían más.

Trató en el cuerpo del Sermón de dos puntos interesantísimos para todo cristiano, 1.º de la necesidad de la perseverancia, y 2.º de las reglas para perseverar. Adujo en confirmación de lo primero expresivos testimonios de los Santos Evangelios y de los Santos Padres; presentó ejemplos terribles de hombres que después de una vida llena de penitencia y santidad, se habían condenado por falta de perseverancia, y lo selló todo con el argumento de la razón teológica. Pues es indudablemente cierto que Dios tiene conocida la medida de los pecados de cada hombre y si este llega á cometer el último necesario para llenarla, Dios ya no le espera por más tiempo y el desgraciado se va al infierno, como la vasija llena de agua se va al fondo del estanque.

En la segunda parte dió cinco preciosas reglas para conseguir el don de la perseverancia. La vigilancia y la oración, la huida de las ocasiones, la devoción á la Santísima Virgen y al Sagrado Corazón de Jesús. Con este motivo manifestó su gozo por haber hallado establecidas en esta Ciudad muchas asociaciones religiosas; y excitó y aconsejó á los oyentes á que se alistasen en todas las congregaciones que pudiesen, y principalmente en la de la *Vela nocturna ante el Smo. Sacramento*.

Por fin dió como última regla la guerra y la victoria sobre los respetos humanos.

Concluido el sermón se expuso solemnemente el Santísimo Sacramento, se cantó un precioso *Te Deum*, primorosamente ejecutado por la Capilla de la Catedral. ¡Cómo se elevaba el alma al cielo en medio de tanta sublimidad!

¡Cómo Dios deja entrever por esta felicidad de la tierra aquella insondable felicidad del cielo!

Después del *Te Deum* y de reservar á Su Divina Majestad, habló el Sr. Obispo elocuentes y muy tiernas frases al pueblo, aconsejándole que cumpliese los santos preceptos que había oído durante la misión de boca de los PP. Misioneros; y sobre todo á que perseverase en la virtud hasta el fin de su vida; concluyen-

do por dar las gracias á los PP. por sus trabajos y su celo; á todos los sacerdotes, por el ejemplo que habían dado al pueblo con su puntualidad en el confesonario y en los demás actos; y á todos los fieles por su asistencia, de la cual estaba tan satisfecho que el gozo del corazón no le dejaba casi hablar.

Para responder á los buenos sentimientos de su Pastor todos los fieles le acompañaron en procesión hasta las puertas del Seminario donde recibieron de su mano la última bendición, y con la bendición el afecto, que lo tiene siempre en medio de sus hijos.

El lunes 28, dijeron ambos Padres la santa Misa en la Iglesia de Santa Marta en sufragio de las almas de los astorganos difuntos; y con el mismo fin asistieron y comulgaron en sus misas muchos fieles devotos. Después los PP. visitaron la cárcel, los Hospitales y á todos los enfermos, confesándolos y preparándolos con breves exhortaciones para recibir la sagrada comunión. A las 11 dirigió el P. Santos una elocuente y severa plática á los seminaristas, sobre la necesidad y los medios de conocer la vocación eclesiástica. Nos pareció ver en el carácter del Padre Santos, la inflexibilidad, energía, valor é intransigencia necesaria para impedir que muchos jóvenes sigan atropellada é inconsideradamente la carrera del sacerdocio.

Por la tarde, se confesaron todos los estudiantes del Seminario y comulgaron en la Capilla del mismo el martes por la mañana. La incansable laboriosidad del P. Conde no le permitía estar ocioso la tarde del lunes y por eso convocó á todas las mujeres de esta ciudad y de sus arrabales para darles la despedida y la última conferencia, en la santa Catedral á las 6 de la tarde. Después de rezar el rosario les explicó con toda la sencillez claridad y gracia posibles los consuelos, las tristezas y los deberes de la mujer casada.

Leyó á manera de exordio el retrato de la *mujer fuerte* que tan á lo vivo describe Salomón en el cap. 31 de sus Parábolas. Para probar los consuelos y tristezas, trajo los ejemplos de las mujeres que según nos refiere la Sagrada Escritura han tenido una vida tejida de gozos y dolores. Y destaca sobre todas y en primer lugar, la Virgen Santísima, la Madre de Dios. Vienen después la viuda de Sarepta, de Naín, la Sunamitis, la Cananea, la esposa de Jairo, etc. las que tanto han tenido que padecer, y á quienes el Señor mandó tantos consuelos en premio de sus sufrimientos.

Expuso de seguida los grandes deberes que la casada tiene para con Dios, para con sus esposos y para con sus hijos; tanto en la infancia de éstos como en la niñez y juventud. Todo lo ame-

nizaba con atinados ejemplos, que si algunas veces hacían reír concluiría por arrancar lágrimas á todos los presentes; y en especial uno con que puso término á la conferencia, y que á dos dejó aterrorizados. Era una madre viuda que permitió á todos hijas que tenía ir de noche al baile; al volver de éste hallaron á su condescendiente madre tendida detrás de la puerta y envuelta en su sangre propia. Era ya un cadáver.

En este día del lunes por la tarde, llegaron á esta los Reverendos PP. Suárez y Breñas, de la misma Compañía, que regresaban de la Bañeza, donde acababan de terminar los ejercicios de Misión. Vinieron á despedirlos el joven sacerdote Dr. Don Aurelio García Sabugo y D. Celestino Fernández Cabo, alcalde de dicha villa.

El martes por la tarde, último día que los PP. permanecieron en esta ciudad, todavía el infatigable P. Conde, dió una no interrumpida serie de conferencias á las jóvenes *Hijas de María* y á los hermanos de la *Escuela de Cristo*. Lo mismo hizo el P. Santos á las criadas de servicio, á las que dirigió muchas y muy acertadas reflexiones sobre sus deberes, y sobre la necesidad de conservar su conducta inmaculada. Por último, el miércoles en el tren de las 6 de la mañana, marcharon para Carrión de los Condes, los humildes, sabios y celosos hijos de San Ignacio de Loyola. Su recuerdo no desaparecerá nunca del agradecido y generoso corazón de los habitantes de la muy noble ciudad de Astorga.

\* \* \*

Hemos concluido ya de hacer el bosquejo de las Santas Misiones el que por cierto insensiblemente ha salido algo más extenso de lo que nos habíamos propuesto, por lo cual faltamos á la palabra que al principio dimos de ser lo más breve posible

Rogamos á los lectores, que hayan tenido cachaza bastante para leer nuestro escrito nos dispensen; pues á nosotros también nos hizo falta tanta paciencia, cuanta se necesita más para escribir que para leer. Nos queda el sentimiento de que nuestro trabajo no corresponde á la grandeza de las misiones que reseñamos, y con gusto lo hubiéramos visto hecho por pluma mejor cortada y más elocuente; pero ya que nos hemos encontrado en la precisión de hacerlo nosotros, nos queda aun la tranquilidad del recto fin que nos propusimos, que fué la gloria de Dios y el bien de las almas, dando, como dijimos al comenzar á sus pastores los sacerdotes, cuenta siquiera fuese en esqueleto de los sermones y conferencias que en estos

santos ejercicios se han pronunciado y que tal vez alguno quiera y pueda utilizar en provecho de sus feligreses.

Concluyo pues proclamando con todo mi corazón la gloria de Dios que desde lo alto del Cielo y el centro del Tabernáculo envía raudales de su amor á sus pobres criaturas; ¡gloria á su Vicario en la tierra nuestro Santo Padre León XIII que ha abierto con tanta profusión el tesoro de sus indulgencias en favor de los concurrentes á la misión santa!

¡Gloria á nuestro Excmo. Prelado que con tanto interés trabajo por la venida de los Padres Misioneros, y por conseguir gracias y facultades especiales para sus sacerdotes y para todos sus hijos! ¡gloria á los ilustres Padres de la ínclita Compañía de Jesús por su fervoroso celo é incansable actividad, desplegada con el fin único de salvar nuestras almas! ¡gloria á las Excelentísimas Corporaciones, Hermandades, Cofradías y Asociaciones todas, que con su ejemplo, insignias y estandartes eran los abanderados del ejército del Señor! ¡Gloria al Sacerdocio que con sus trabajos ha sido instrumento de Dios para repartir tantos bienes y llevar la paz á tantas conciencias! ¡Gloria al pueblo de Astorga y á los pueblos circunvecinos, que con tanto fervor y entusiasmo saben confesar su fe á la faz del mundo, como defender sus hogares de la invasión de los tiranos! ¡Qué grandes aparecen siempre los que creen! ¡Qué miserables los que no tienen fé! ¡Gloria á la Diócesis! ¡Gloria á España! ¡Gloria á la Iglesia Santa! ¡Gloria á todos los soldados que siguen la bandera de Cristo! ¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Gloria en la tierra á los hombres de buena voluntad!

En el templo del Señor todos digan ¡gloria!

---

## ARZOBISPADO DE SEVILLA.

Sevilla, 28 de Mayo de 1892

*Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Astorga.*

Muy Sr. mio y venerado Hermano: Reunida hoy bajo mi presidencia la Junta organizadora del «Tercer Congreso Católico Nacional» se ha ocupado en las dificultades que se ofrecen para la celebración de éste en los días prefijados.

Son estas: 1.ª el atraso en los preparativos á causa de los temporales y la inundación sobrevenida que impidieron

muchos trabajos. 2.<sup>o</sup> la casi imposibilidad de llenar en tan breve plazo las condiciones exigidas por las compañías de ferro-carriles, para que los socios obtengan billete con la rebaja de precio concedida en los Congresos anteriores. La incomunicación total por bastantes días durante las grandes lluvias y la inundación, y el entorpecimiento posterior en la marcha de los correos han dado lugar á que se acorte por demás el plazo para ultimar las negociaciones incoadas anteriormente. 3.<sup>o</sup> los grandes desperfectos en las vías férreas con roturas y desaparición de estribos en algunos puentes; que obligan á repetidos trasbordos en las principales líneas que afluyen á esta ciudad, dificultando el viaje por un periodo de tiempo cuya duración no puede fijarse en el momento.

Considerándolo todo, la Junta ha creído necesario desde luego aplazar la apertura del Congreso, y ha acordado que, mientras se activan las diligencias oportunas para obviar cuanto antes á las dos primeras dificultades, se procuren los datos más exactos, que sea posible, sobre la duración de la tercera, á fin de precisar dentro de pocos días la fecha en que podrá inaugurarse aquel, y comunicarla inmediatamente á los RR. Prelados y Juntas diocesanas.

Sintiendo vivamente con la Junta que no pueda enlazarse la reunión de la Asamblea Católica con la festividad del ínclito Doctor S. Isidoro, como con general aplauso, y sobre todo con especial satisfacción del Sumo Pontífice se había resuelto, me apresuro á ponerlo en conocimiento de V. E., y de esa Junta Diocesana por su conducto, para que publicándose llegue á noticia de los socios inscritos.

Reitero á V. E. con este motivo la seguridad de mi más distinguida consideración con que soy su afectísimo Hermano,

Q. B. S. M.

† BENITO, *Arzobispo de Sevilla.*